

Democracia, libertad e igualdad, un desafío ético y moral

Nada más distante de estas líneas que el intento de redefinir el concepto "Democracia". Descartamos desde un principio la pretenciosa idea de meternos en el intrincado debate de la categorización de las mismas. Mucho menos aún nos proponemos un espacio que salde ciertos desencuentros en cuanto al funcionamiento y linaje de la poliarquía, entre la filosofía política y las ciencias sociales.

En cambio, sí afirmamos con absoluta seguridad que ya no basta entender la Democracia como un régimen de legación, con reglas predefinidas y una serie de garantías institucionales para los ciudadanos. Estos elementos resultan, en una enunciación, insuficientes para comprender en la actual "modernidad líquida" las condiciones necesarias para configurar una democracia plena, de calidad, sólida y estable.

No pretendemos hacer oídos sordos a esa herencia clave en la hechura del pensamiento sobre la Democracia moderna, que abarca desde la ilustración con los textos de Montesquieu, pasando por Toqueville, hasta llegar a contemporáneos como Dahl o Sartori. Pero afirmamos que no debemos reducir la democracia a un principio mayoritario, a una simple forma de representación o a un régimen político. Por el contrario, es una experiencia, una forma de vida en comunidad.

Esta experiencia de vida social, que siempre está abierta, en permanente evolución y donde la sociedad civil asume un rol protagónico en lo público determinando en su poder el contra poder sobre el estado político, tiene un alto componente ético y moral.

A partir de esto es que proponemos pensar la Democracia uruguaya, su presente y su futuro, en función de entender a esta práctica colectiva, no como una forma de canalizar la libertad individual sino como la absoluta manera de ser libre.

En un país donde muchos no son dueños de su destino, o de forjar su futuro, y en que su tiempo vital está determinado desde su nacimiento, es imposible hablar de un hombre libre y mucho menos de "Democracia".

En un Uruguay donde la tendencia de largo plazo en términos económicos a determinado el fin de la "sociedad hiperintegrada", la aparición de una profunda fragmentación social y un deterioro de la estructura de oportunidades (con fuerte impacto en los jóvenes, y por lo tanto con una crisis que supera las fronteras de la justicia social y nos interpela sobre la sustentabilidad como demos), el problema de la desigualdad es un tema central de nuestro tiempo histórico como nación.

Por tanto, es obligación de los dirigentes la formulación de una "Política" basada en una agenda que permita construir una sociedad más igualitaria, desarrollar ciudadanía, y que potencie la sociedad civil como un espacio de integración y solidaridad.

El país ha tenido en los últimos 30 años la alternancia de ciclos de crisis y bonanzas económicas, que a cada paso dejó huellas y transformaciones a nivel social y cultural. Poco a poco, el Uruguay fue dejando ciudadanos rezagados y al margen de las posibilidades de desarrollo.

Si bien es evidente que en periodo de crisis aumenta la pobreza, y en épocas de "vacas gordas" la misma disminuye, estas estadísticas poco dicen de las heridas que dejan las primeras en la autoestima de los ciudadanos. Aun más fuertes son los efectos negativos si pensamos en el proceso de infantilización de la pobreza que se han profundizado en los últimos años.

Al mismo tiempo, esta última dimensión de la desigualdad económica termina redundando en efectos culturales, ya que pueden apreciarse los impactos en el rendimiento escolar y por lo tanto en las posibilidades de futuro para la mayoría de la generación de recambio.

Los sectores más vulnerables no logran salir rápidamente y los efectos de las etapas de crecimiento apenas se aprecian en las franjas más pobres. Esto resulta en una profunda brecha entre los sectores ricos y los más humildes. Todo se traduce en la peor consecuencia, la fragmentación social, la existencia de un "ellos" que se autodefine en función del "nosotros". Dos grupos culturales que comienzan a diferenciarse, a distanciarse, a perder las señas de identidad que los unen, para sustituirlos por imaginarios que los separan.

Aquí está la peor consecuencia de la desigualdad y el potencial peligro para la democracia: la rivalidad, la confrontación social que se

manifiesta en una relación llena de prejuicios, de desconfianza, de gestos de desprecio mutuo, de estigmatización, de rechazo por el otro, por el diferente.

Lo que está claro es que la cuestión es bastante más profunda que la distribución de bienes monetarios, y estas estrategias para combatir la exclusión social resultan ya insuficientes. Es imperioso refundar un nuevo paradigma que permita la emancipación espiritual de una parte importante de la sociedad, la recuperación de la autoestima de un vasto grupo de personas que han perdido la esperanza y han abandonado el sueño de un futuro mejor.

¿Cuánta desigualdad admite el Uruguay?, ¿qué tan sustentable es la democracia uruguaya en el estado actual?, ¿cuáles son los riesgos que conlleva esta situación y la falta de respuestas adecuadas?

Es responsabilidad de los partidos políticos generar los acuerdos de Estado, que permitan dar continuidad a políticas que vayan más allá de los horizontes de emergencia y consoliden acciones de largo aliento. Es también un desafío para los sectores mas favorecidos involucrarse en la tarea, recuperando como sociedad civil un rol protagónico en la construcción de una sociedad más solidaria.

Debemos establecer como premisa que la calidad de la Democracia va de la mano de una mejor calidad de los ciudadanos, que una experiencia democrática plena es aquella donde el hombre ejerce su libertad sin restricciones y sin ningún tipo de condicionamientos.

Por Marcelo Cazzolli / Revista Contraviento